

que ver aquellos dos extraños buques dando vueltas el uno al rededor del otro, ansiando encontrar un punto débil para lanzar en seguida á boca de jarro uno de sus enormes proyectiles. La lucha se prolongó así sin resultado aparente por espacio de algunas horas: una sola vez el *Merrimac* dió un golpe con su proa en el costado del *Monitor*, pero este no hizo mas que girar sobre sí mismo sin que le dejara apenas mas que una ligera señal el formidable choque del *Merrimac*. El cansancio y la fatiga pusieron al fin un término á la terrible lucha; los confederados volvieron á Norfolk, y como el *Monitor* quedaba dueño del campo de batalla, salvóse la *Minnesota* y toda la escuadrilla de Hampton Roade: el pigmeo se habia resistido al gigante, mas faltaba saber si este haria otra tentativa cuando se tratase de alguna empresa de importancia, por ejemplo, oponerse al desembarco de un ejército invasor en vez de tratar de destruir uno ó dos buques de guerra.

En este memorable combate sin embargo, no dejaron de causarse algunas averías los dos encarnizados combatientes, pues la torre del *Monitor* recibió nueve balazos y uno de estos hizo saltar varios fragmentos de semento que hirieron al teniente Worden en la cara, y uno de los tres hombres que manejaban la torre giratoria, quedó tambien ligeramente herido. La proa del *Merrimac* quedó torcida y tronchado su palo mayor, contándose además en su tripulacion dos muertos y ocho heridos. Los federales perdieron por su parte, á consecuencia de la destruccion de los buques *Cumberland* y *Congreso* unos cuatrocientos hombres, incluso veintitres prisioneros que se llevó la cañonera *Beauford*.

El general Mc Clellan salió de Washington el 1.º de abril y llegó al dia siguiente á

la fortaleza Monroe con cincuenta y ocho mil hombres y cien piezas de artillería, sin contar las fuerzas del general Wool encargado de la custodia de la fortaleza. 1862.

El general Magruder que defendia á Yorktown, sin mas fuerza que once mil hombres de tropas confederadas, parte de las cuales tenian que guarnecer á Gloucester Point, Yorktown y Mulberry-Island, vigilaba atentamente aquella concentracion de tropas enemigas con alguna inquietud, pues solo le quedaban cinco mil soldados para proteger una línea de trece millas de estension. El general Mc Clellan calculaba que Magruder podia disponer de quince ó veinte mil hombres además de las fuerzas del general Flucker, que en su concepto no bajaban de veinte mil infantes. Reconociendo cuán importante era atacar al general separatista antes recibiera refuerzos de Johnston, Mc Clellan dispuso que marcharan contra el enemigo en la mañana del 4, los generales Heintzelman y Keyes, debiendo el primero atacar á Yorktown, y el segundo á Winn's Mill (Molino de Winn), cerca de Warwick (\*). Parece que

(\*) Al dar cuenta de esta accion dice el historiador Pollard lo siguiente:

«El general Magruder, el héroe de Bethel, jefe capaz de llevar á cabo grandes empresas, no contaba sino con siete mil quinientos hombres para oponerse á un ejército, que concentrándose detrás del Rapidan, podia disponer de un número de tropas diez veces mayor que el suyo. Los federales habian comenzado ya á cañonear las líneas, y reunido el consejo de oficiales, discutirse si el pequeño ejército de siete mil quinientos hombres debería defender á todo trance la posición que ocupaba, ó retirarse desde luego. Todos los oficiales opinaron por esto último, á escepcion de uno solo, cual sostuvo con la mayor energía, que era preferible morir en los atrincheramientos que emprender la retirada. ¡Vive Dios que así se hará! exclamó el general Magruder, entusiasmado ante el valor de su oficial, y así diciendo, hizose la distribución de las tropas, situándolas de modo que parecieran mucho mas numerosas al enemigo. Aquella resolución demostraba á no dudarlo un heroísmo y valor á toda prueba. Si los federales hubieran sabido cuán escasas eran las fuerzas de sus adversarios habria podido costarles á es-

el general Mc Clellan no habia recibido informes exactos acerca de la topografía del país, informes que por lo demás fueron facilitados por los ingenieros del general Wool, pero que seguramente pudieron muy bien rectificar los negros que estaban en la fortaleza. Los buques de guerra que habian quedado libres de su lucha con el *Merrimac*, vigilaban atentamente para ver si aparecia de nuevo por el rio Isabel aquel mónstruo marino y sus tres satélites, es decir las cañoneras de que ya hemos hablado, y por esto el comodoro Goldsborough no creyó prudente deshacerse de una parte de su flotilla para tomar las baterías de Yorktown y Gloucester. Por su parte Magruder no contaba tampoco con que le auxiliara en lo mas mínimo la flotilla confederada.

Mc Clellan atacó las líneas del enemigo por distintos puntos á la vez, mas no juzgó prudente, aun cuando el tiempo era precioso por lo mismo que podian llegar refuerzos de un momento á otro, lanzarse con sus tropas al asalto (\*). Muy lejos de esto permaneció observando las líneas de Magruder, hizo que se construyeran nuevas obras de defensa, y envió á buscar á Washington la artillería de sitio. Una vez que los sitiadores se acercaron demasiado á Yorktown, fueron rechazados

tos muy cara su temeridad, pero ello es que los separatistas defendieron valerosamente su posición hasta que al fin llegaron las tropas del general Johnston á reforzar á los sitiados.

(\*) Al hablar sobre este punto, escribia Magruder lo siguiente:

«En toda la estension de nuestras líneas el enemigo rompió un fuego mortífero, á que contestaron nuestras baterías y las tropas de línea. Los guerrilleros nos atacaron tambien con indecible furia, mas fueron rechazados en todos los puntos merced al arrojamiento de las tropas. Así pues, sin mas que cinco mil hombres, además de la guarnición, tuvimos en jaque á un ejército de cien mil. Los soldados dormian en las trincheras junto á sus armas, pero con gran sorpresa vi que el general Mc Clellan dejaba pasar un dia y otro sin intentar un asalto general.»

por una brillante carga de dos regimientos al mando del coronel Ward, y el dia 16 de abril, al intentar un reconocimiento la division del general Smith por la parte de Warwick, tuvo que emprender la retirada con pérdida de cien hombres. 1862.

El general Mc Clellan habia estado treinta dias frente á Yorktown, y como ya estaba en su poder el tren de batir, hizo sus preparativos para comenzar el sitio en regla, pero dos dias antes de dar la orden, vió que Magruder habia abandonado sus líneas de defensa, incluso Yorktown, aprovechando la oscuridad de la noche.

El general Mc Clellan dispuso que se persiguiera sin pérdida de tiempo al enemigo, y al efecto se previno al general Stoneman que marchara á Williamsburg con cuatro regimientos de infantería, un escuadrón de caballería y cuatro baterías de montaña, en tanto que las divisiones de Hooker y Kearny se dirigian á Winn's Mill. Mc Clellan permaneció en Yorktown para presenciar el embarque de las tropas del general Franklin, que marchaban á West Point.

El fuerte Magruder, situado frente á Williamsburg, en la confluencia de varios caminos, no podia resistir por mucho tiempo un sitio, pero tenia en cambio una fuerte empalizada con un foso de nueve piés de profundidad. Al dar vista al fuerte, el general Stoneman se vió obligado á retroceder para ponerse fuera del alcance de las baterías, y á fin de esperar los nuevos refuerzos del general Smith, pero como habia llovido mucho, estaban los caminos intransitables, y los mensajeros de Stoneman no pudieron desempeñar su cometido tan pronto como se esperaba. Por su parte el general Hooker, que avanzaba en dirección á Williamsburg, encontró, á cinco ó seis millas de la población, á la division del general Smith, y esto le obligó

á retrasar su marcha, mas impacientado al fin, pidió permiso al general Heintzelman para dirigirse á Hampton, y obtenido aquel, puso á sus tropas en movimiento: á las doce de la noche hizo alto para descansar un poco, y á la madrugada del dia siguiente, hallábase frente á la fortaleza de Magruder y á las fortificaciones de Williamsburg, es decir en la confluencia de los caminos de Yorktown y Hampton, y ante una línea de trece reductos que iban ensanchándose gradualmente hácia la ciudad. Aquel terreno era muy ventajoso para los separatistas, pues en la estension de cerca de media milla, encontrábase un espeso bosque que dificultaba la marcha de la infantería federal, y en ciertos puntos era además muy accidentado el terreno. Despues de un cuidadoso reconocimiento, y sabiendo que á dos millas habia un cuerpo de ejército de treinta mil hombres, Hooker resolvió atacar á los separatistas, á fin de entretenerlos hasta que llegasen las demás fuerzas, y para ello destacó al regimiento de Massachusetts por la izquierda y al de New-Hampshire por la derecha de la posicion del enemigo con el objeto de que escaramucearan, disponiendo que otros dos regimientos formasen el centro y avanzaran hasta el camino de Yorktown; acto continuo destacó la artillería de montaña, y en este orden comenzó el ataque. El sexto regimiento de la caballería federal se lanzó valerosamente sobre la de los confederados bajo el fuego cruzado de los reductos, y entonces tuvo lugar uno de esos combates al arma blanca, tan raros en el dia, pero todo aquello era completamente inútil para los federales, pues sobre la ventaja del número, tenian sus enemigos la de la posicion, é intentar apoderarse, solo con la caballería, de aquellas obras formidables, era una cosa imposible. Los unionistas empezaban á perder mucha

gente, y al ver esto se dió la orden de emprender la retirada para dar tiempo á que llegasen mas refuerzos y comenzar de nuevo el ataque. Quiso la mala suerte de los federales que al atravesar un pantano se hundiese uno de los caballos que llevaban las piezas de montaña, y aun cuando se hicieron todos los esfuerzos posibles para sacarlo, como el enemigo empezó á concentrar en aquel punto su nutrido fuego, que mataba una porcion de caballos, fué preciso abandonar la pieza, la primera por cierto que perdió el ejército del Potomac. Por la noche hicieronse nuevos esfuerzos para recobrar el cañon perdido, pero los reductos estaban atestados de tiradores, y era materialmente imposible aproximarse. El refuerzo de infantería que esperaban los federales llegó muy tarde, pues todos los caminos estrechos estaban obstruidos, mas al acercarse la noche, el general Sumner, que se habia encargado del mando, quiso atacar á viva fuerza las obras de defensa del enemigo, lo cual no pudo conseguir porque la oscuridad era completa cuando todas las tropas desembocaron de los bosques. Fué por lo tanto preciso aguardar hasta el dia siguiente, pero entonces ocurrió uno de esos contratiempos enojosos, harto comunes en aquella guerra y que molestaron mucho á las tropas durante el curso de tan penosa campaña: comenzó á llover á torrentes, y como el agua cayó sin intermision por espacio de treinta horas, convirtiósese el pais en un inmenso lago. Los unionistas se vieron en la precision de concentrarse en los bosques á fin de pasar allí la noche, y al dia siguiente se renovó el combate, mas como es de presumir, en condiciones muy desfavorables para el ejército federal; los dos caminos que conducen á Williamsburg estaban completamente ocupados por las tropas: en el de la izquierda, llamado de Lee's-Mill hallábanse las divisiones Hoo-

ker y Kearney, del cuerpo de ejército de Heintzelman, pero separadas por una masa enorme de wagoes cargados de bagajes, y por el de la derecha, ocupado ya por una parte de las fuerzas de Smith, avanzaban penosamente las divisiones Couch y Casey. Tal era el estado del terreno, que los cañones se hundian completamente en el barro liquido que se habia formado, y de aquella masa de hombres, de wagoes y de bagajes, que obstruian estrechos caminos, resultaba una espantosa confusion.

La division Hooker que formaba la cabeza de la columna en el camino de la izquierda, y que la víspera habia recibido orden de marchar sobre Williamsburg, avanzó resueltamente contra el enemigo, y á pesar del fuego mortífero de éste, desplegóse en ala y comenzó la accion. Como los separatistas contaban con quince ó veinte mil hombres fuertemente atrincherados, Hooker tuvo que ceder y replegarse dejando en aquellas terribles trincheras dos mil hombres entre muertos y heridos, con algunos cañones que fué imposible sacar del lodo porque los caballos habian muerto. Los separatistas comenzaron á perseguir á Hooker, mas en aquel momento llegó la division Kearney, que marchaba á paso de carga y se empeñó de nuevo el combate en el bosque, combate encarnizado y sangriento porque los separatistas recibian refuerzos á cada instante. Los federales, sin embargo, se batian obstinadamente electrizados por la energía de sus jefes, Heintzelman, Hooker y Kearney, y de este último sobre todo, que despues de haber perdido un brazo en México, y de haber asistido con el ejército francés á las campañas de Mouzaia y Solferino, se batia entonces con sin igual arrojo á pesar de que habian caido ya á su alrededor casi todos sus oficiales.

La division Casey acababa de llegar, pero

los generales no se atrevian á emplearla antes de que se presentasen las tropas que la debian apoyar, y las cuales estaban detenidas en el camino porque no les era posible abrirse paso. Oíase, sin embargo, la nutrida fusilería de las tropas de Hooker que diezmadas completamente se batian en retirada, y á cada momento las balas de cañon llegaban hasta el centro de aquellos soldados inmóviles, tronchando á su paso los árboles del camino. No era posible seguir así; hacíase preciso obrar enérgicamente, y á fin de salir de una vez de situacion tan angustiosa, se dispuso que una division penetrara en el bosque para atacar á los regimientos separatistas que perseguian á Hooker, en tanto que una brigada se dirigia por la derecha para ocupar un molino cuya defensa se habia descuidado, y que desembocaba sobre el flanco de las obras que cubrian á Williamsburg. Los separatistas no esperaban se les atacase por este lado, y comprendiendo que si no rechazaban al enemigo en aquel punto, iba á quedar en descubierto toda su posicion, destacaron al momento dos brigadas á las cuales se vió avanzar resueltamente para batir á los federales. Estos permanecieron impasibles al principio, mas cuando el enemigo estuvo bien cerca, rompieron un fuego terrible de artillería, y aunque los confederados siguieron adelante hasta situarse á cincuenta metros de la boca de los cañones, comenzaron luego á vacilar y á retroceder poco á poco, dejando á su paso numerosos muertos y heridos. En el mismo momento apareció en el campo de batalla el general en jefe, detenido hasta entonces en Yorktown para presenciar el embarque de las divisiones Franklin y Porter, que debian marchar por agua para cortar la retirada á los defensores de Williamsburg, y entonces, aunque se acercaba la noche y seguia el agua cayendo

á torrentes, continuó la lucha con el mayor encarnizamiento y obstinación. El último ataque de los unionistas había sido no obstante decisivo, y las reservas del general en jefe completaron la victoria; cesó el fuego, y la noche puso fin á la sangrienta refriega que se conoce en América con el nombre de batalla de Williamsburg. Las tropas federales que habían perdido dos mil hombres, permanecieron en el lugar del combate mientras los confederados abandonaban sus fortificaciones, y al día siguiente, 6 de mayo, **1862.** los vencedores entraron triunfalmente en Williamsburg. Todas las tiendas se hallaban cerradas, pero la mayor parte de los habitantes estaban á la puerta de sus casas ó detrás de las ventanas, observando á las tropas con aire inquieto y sombrío. En todas las iglesias y edificios públicos, llenos de heridos abandonados por el ejército separatista, ondeaba el pabellón amarillo. No se pudo averiguar entonces con exactitud cuáles eran las pérdidas del enemigo, pero según el parte del general Mc Clellan, calculóse que no bajarían aquellas de mil hombres, entre los que se contaban muchos oficiales muertos y heridos.

Las divisiones que habían combatido en Williamsburg permanecieron en este punto tres días, tanto para esperar los víveres y bagajes como para enterrar los muertos; los heridos fueron embarcados en grandes vapores con dirección á los Estados del Norte. El general Mc Clellan dispuso que algunos escuadrones de su caballería persiguieran á los confederados, y esto dió lugar á que ocurrieran varias escaramuzas con la retaguardia, sin resultado alguno notable, si bien el primer día se apoderaron los unionistas de siete ú ocho cañones, en cambio de los muchos que se llevaba el enemigo.

Sosteniéndose dos días en Williamsburg,

el general separatista Johnston había conseguido ganar tiempo para asegurar la retirada del grueso de sus tropas, y á pesar de que los caminos estaban literalmente intransitables por causa de la lluvia, llegó á York River dos días después de la batalla, aunque á tiempo para empeñar con las tropas de Franklin, que se hallaba en West Point, un encarnizado combate en el que obtuvo la victoria, y merced al que, acabó Johnston de cubrir su retirada hácia **1862.** Richmond. El 7 de mayo llegó á West Point el general Porter, quien precedía á otras dos divisiones.

El último triunfo alcanzado por las tropas federales juntamente con las victorias de Burnside, hacían imposible que los confederados pudieran conservar á Norfolk, y convencido de esto, el general Wool, comandante del fuerte Monroe, acababa de organizar una expedición á fin de apoderarse de aquella importante ciudad. El día 10 de mayo marchó á dicho punto, donde no halló enemigos que combatir, y así pudo tomar posesión de Norfolk pacíficamente. Los separatistas habían quemado sin embargo, antes de marcharse, todo cuanto les fué posible, destruyendo entre otras cosas su famoso buque de guerra el *Merrimac*. En el arsenal se encontraron doscientos cañones, entre los cuales había treinta y nueve de grueso calibre, y algunos, aunque clavados, pudieron utilizarse. Parece ser que pocos días antes de abandonar á Norfolk se había acordado ya, en consejo de guerra, no adoptar disposición alguna para defender la ciudad.

Al llegar aquí, creemos necesario decir dos palabras acerca de las diferencias ocurridas entre el Gobierno de Washington y el general Mc Clellan, respecto á las fuerzas de que debía componerse su ejército. Para

llevar á cabo todas las operaciones militares encomendadas al general en jefe del ejército del Potomac, había pedido Mc Clellan doscientos setenta y tres mil hombres de todas armas, pareciéndole que aun este número no sería suficiente sin el auxilio de una poderosa flota. Tres meses después, Mc Clellan escribió una carta al Secretario de la Guerra manifestándole que podría tomar desde luego la ofensiva con doscientos mil hombres, y ya estaba haciendo sus preparativos para comenzar la campaña, cuando el Presidente Lincoln dispuso que no se pusiera en movimiento el ejército del Potomac sin dejar en Washington el número de fuerzas que el general en jefe y los demás oficiales juzgaran suficiente para dejar en completa seguridad la capital. Poco después espidió Mr. Lincoln una segunda orden, disponiendo que la división Blenker se pusiera á las órdenes del general Fremont; y como en virtud de estas dos órdenes se disminuía lo menos en cincuenta mil hombres el efectivo del ejército del Potomac, Mc Clellan no pudo menos de hacer sus reclamaciones al Gobierno de Washington, demostrando que no era posible llevar á cabo el plan trazado primeramente. Con este motivo, mediaron algunas cartas entre el Presidente Lincoln y Mc Clellan, y el general Keyes escribió una tan eficaz á un senador amigo suyo, que al fin fueron atendidas las quejas del general en jefe del ejército del Potomac, prometiéndosele poner á sus órdenes la división Franklin, mientras las tropas de Mc Dowell avanzarían por Aquia-Creek hácia el Rappahannock, á fin de prestar su apoyo luego al ejército. Creíase que de este modo podría prestar los mismos servicios, contribuyendo á cubrir á Washington en su frente, mas esto no era verdad sino en parte, pues en aquella zona

se hallarían las fuerzas de Mc Dowell separadas del cuerpo principal de ejército por dos ó tres corrientes de agua y por el enemigo, en tanto que por los ríos Severn y York, habría sido más fácil estar en comunicación continua con el grueso de las fuerzas, merced á la flota. Embarcose, pues, la división Franklin; se envió un numeroso material de guerra para armar las baterías, y á la acostumbrada lentitud de las operaciones de un sitio, sucedió la marcha rápida, que desde luego hubiera debido seguir el ejército del Potomac hasta llegar á Richmond, á fin de asegurar el éxito. Por esto puede muy bien decirse que la campaña había fracasado ya bajo el punto de vista estratégico, como hubiera sucedido indudablemente á Bonaparte en Italia, si en 1800 se hubiera detenido tres ó cuatro semanas ante el fuerte de Bard para conseguir su rendición.

Al día siguiente del combate de Kernstown, el general separatista Jackson había emprendido la retirada hácia Harrisonburg perseguido de cerca por Shields, y después de haberse situado durante algunos días cerca de Monte Jackson, cruzó South Fork por el Shenandoah, y fué á tomar otra posición en el valle de Elk Run, mas allí supo á poco que el general Milroy, con una avanzada de la división Fremont, amenazaba á los separatistas por la parte de Monterey, y en su consecuencia, dejando á Ewell, cuya brigada acababa de agregársele á fin de hacer frente al general Banks, Jackson se dirigió rápidamente á Staunton, reforzado con algunas tropas del general Eduardo Johnson, para buscar á Milroy. Como éste no contaba con tropas suficientes para resistir á su enemigo, emprendió la retirada por las montañas de Shenandoah, concentrándose luego en Mc Dowell, desde donde envió á pedir auxilio